

January 2012

Nietzsche: cultura y filosofía

Alexander Díazgranados Mendieta

Universidad de La Salle, Bogotá, adiazgranadosm@hotmail.com

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Díazgranados Mendieta, A. (2012). Nietzsche: cultura y filosofía. *Revista de la Universidad de La Salle*, (59), 271-296.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Nietzsche: cultura y filosofía

Alexander Díazgranados Mendieta*

■ Resumen

Friedrich Nietzsche describe a los hombres según sus fines con ellos mismos y a partir de los hábitos y la educación. La tesis del autor es que los hombres que se educan para sí están lejos de las prácticas y de la educación de los hombres corrientes; es decir, que hay enseñanza —cultura falsa— para los hombres corrientes y educación —cultura verdadera— para los genios. El filólogo, desde una postura antigua, sostiene que existen o no hombres para sí mismos, lo que lleva a proponer al educador-liberador.

Palabras clave: cultura, enseñanza, educación, filosofía, sí mismo, genios, hombres corrientes.

* Profesional en Filosofía y Letras de la Universidad de La Salle. Correo electrónico: adiazgranadosm@hotmail.com.

Si cada uno ve su fin en otro, nadie tiene en sí mismo el fin de su existencia, y este "existir para otro" es la más ridícula comedia.

F. Nietzsche

Introducción

La cimentación de los pueblos depende de la educación, la cual da razón de su pensamiento y de su existencia, así como de los hábitos y costumbres que influyen en el actuar de los hombres. En general, al hombre se le enseña a ser útil y lucrativo para otros, no es educado para ser útil para sí mismo; es por ello que se le enseña cómo funciona un pueblo y aquello que lo beneficia. En este artículo se muestra cómo son los hombres según su enseñanza o educación de la siguiente manera: (i) hombres enseñados para ser útiles a otros, (ii) conocedores de filosofía no útiles para sí mismos, (iii) el genio como ser para sí mismo y, finalmente, (iv) el hombre del presente como educador-liberador. Para esto, son pertinentes las reflexiones de Nietzsche sobre la educación y la cultura —escuelas, instituciones y universidades alemanas—, reflexiones que, como indica el autor, se extienden y actualizan en otros pueblos a modo de *eco cultural*.

Ahora bien, la vida en Nietzsche se comprende a partir de las dos vías expuestas por Parménides en el *Discurso sobre el ser —Peri phýseos—*: la primera, la de la verdad en donde son apreciados los valores de la vida; la segunda, la de la opinión (cfr. 2007, p. 23). Para el alemán, la primera vía, es la de los hombres solitarios, silenciosos y serenos que aspiran con rigor a la cultura verdadera, hombres cultos —*gebildet*—; la segunda, la de los hombres con otros intereses y aspiraciones que no se escuchan a sí mismos, incultos —*ungebildet*—. Se presentan ambas vías porque Nietzsche da razón de la educación de los hombres y el para qué, según su posición en el mundo.

Nietzsche comprende por cultura, *paideia-kultur*, la unidad de estilo en las diferentes expresiones de un pueblo (cfr. 1962a, p. 9). En la praxis, la definición aplica en las prácticas de los hombres *ungebildet*, no en la de los hombres *gebildet*. Señala Nietzsche (1963a): “[...] no había hombre alguno que pensara

en ilustrarse, si supiera cuán increíblemente pequeño que es, y en general puede ser, el número de los verdaderamente ilustrados" (1962a, p. 150). De la comparación que el filólogo realizó de su tiempo con los antiguos, encontró que los hombres eran miserables por la falta de comprensión seria y severa de las tareas de la educación (cfr. Nietzsche, 1962a, p. 106).

Hombres enseñados para ser útiles a otros

Nietzsche describe dos tendencias culturales carentes de estilo que son de acción destructiva. La primera, tiene como objetivo la utilidad y como beneficio la ganancia: *ensanchar y difundir*, fundamentada desde lo económico y lo político, lo que convierte al conocimiento en un producto. Aquí se extiende la educación a círculos amplios —clases sociales—, basada en lo práctico y carente de lo fundamental. En ella, resultan egoístas y elevados los fines más allá del dinero y de la ganancia —epicureísmo inmortal—, pues, al no serle lucrativos, no le interesan la verdad ni el genio (cfr. 1963a, pp. 150 ss.). En nuestro contexto, esto obedece a los proyectos de educación ciudadana que pretenden que los hombres sean útiles para otros, olvidando que *el hombre es fin y no medio*.

Los hombres de esta tendencia circulan como monedas, razón por la que Nietzsche los identifica como hombres *courant*. Estos son los que adquieren conocimiento para ganar dinero y competir con títulos; sus fines —cadenas— son bajos porque solo pretenden estar a la altura del tiempo. Para el autor, los cargos indecorosos que ocupan estos hombres no aportan a la verdad (cfr. 1963a, pp. 99, 155 y ss.); es más, considera sus vidas mediocres, dada la contradicción y el alejamiento de sí mismos. Aquellos, consecuencia de la falta de vocación propia, se adaptan a lo que requiere el Estado o alguna entidad (cfr. Nietzsche, 1962a, p. 118), donde las virtudes que hacen a los hombres "ejemplares" no son ejercitadas, por ejemplo, el lenguaje. En síntesis, esta tendencia para Nietzsche es de la facilidad y el lucro (cfr. 1963a, p. 150), en la que los hombres *courant* actúan explícitamente en lo operativo, resultado de la educación defectuosa y sin orden en la que hacen la vida en contra de sí mismos, prefiriendo la comodidad porque les asusta lo desconocido. Mundo devaluado.

Valdría la pena preguntar para qué la igualdad en la educación si no es apreciada como quien comprende el espíritu puro¹.

La segunda tendencia expuesta por Nietzsche es *simplificar y debilitar*. En este punto referencia a los sabios² que se actualizan —especializan—, de acuerdo al momento, trabajando en inquietudes científicas, repitiendo sistemas y categorías, dejando en el tintero las pretensiones filosóficas, nobles y sublimes. Los sabios son iguales a los hombres *courant*, desilusionados y engañados: se ganan la vida siendo útiles para otro y no para sí mismos (cfr. 1963a, pp. 150 s). Estos no tienen visión propia del mundo ni de sus vidas. Para el filólogo, los sabios son apariencia de hombres verdaderos, así como la cultura bárbara es apariencia de otra no propia. Sus alumnos deben ser de los que dicen: ¡cómo sabe el profesor! siendo que son sabios destructores de la cultura y de sus alumnos. Nietzsche denomina a este mundo “mediocre”, ya que se fundamenta en la técnica y la ciencia, pues para él, no se debe entender por cultura el fomento de la ciencia: “Ya han pasado los siglos en que todos creían que el hombre ilustrado era sabio y nada más que el sabio; pero las experiencias de nuestro tiempo difícilmente nos permitirían llegar a esta equiparación. Ahora, la explotación de un hombre en beneficio de la ciencia es un postulado general; ¿y quién no se inquieta ante una ciencia que de este modo vampiresco trata a sus hijos?” (1963a, p. 152).

Las ciencias admiten pocos cambios para mantenerse como nuevas, se mueven con lo nuevo y raro y no con lo viejo y enojoso; además, carecen de silogismos, por lo que no son de honrar (cfr. Nietzsche, 1962a, pp. 104 ss.). Estas no dialogan con la filosofía porque no les interesa la verdad, sino lo útil, a excepción de las ciencias sociales. Nietzsche cuestiona *¿qué somos nosotros para la ciencia?*, aunque sugiere que la pregunta es *¿qué es la ciencia para nosotros?* (cfr. 1962a, p. 158). Esto, dado que la ciencia sin lo humano es mejor no pensarla, puesto que, al no hacer la vida placentera y cómoda, resulta ser inútil. Para cambiar el funcionamiento de las ciencias se requeriría entonces de mentes dispuestas a trabajar bastante (cfr. Schopenhauer, 1991, p. 80).

¹ Hay quienes tienen la oportunidad de aprender a leer y a escribir y quieren más; otros tienen títulos académicos y desean fines fuera de estos y de sí mismos, pues cada quien es su propia medida.

² Para Nietzsche, el pensador ordinario es el sabio y el genio. Como Sócrates, es el servidor de la verdad.

Nietzsche afirma que esta tendencia cultural también era defectuosa a causa de que los periódicos reemplazaban las cátedras, debilitando la educación; por lo tanto, quien anhelaba ser culto acudía a estos (cfr. 1963a, p. 152). La prueba de ello es que los periodistas muestran lo que quieren, mas no lo que es; en consecuencia, el pensador alemán recalca que quien tiene el *furor philosophicus* no necesita leer todos los días periódicos, pues no tiene tiempo para dedicarse al *furor politicus* (cfr. 1962a, p. 142). Igualmente, señala (citado por Sopo, 1999): “Los Manuales son, [...] para los asnos y para los lectores de periódicos, los ensayos y cuestiones para quienes preguntan y disertan” (p. 10).

En tiempo de Nietzsche la prensa era el alma de la cultura y el periodista, como gran genio, estaba al servicio de la actualidad (cfr. 1962a, p. 152); así, la prensa atenuaba contra la enseñanza de la verdadera patria, la antigüedad. Bien señala él: “Si en ciertas palabras y giros de nuestros hábitos periodísticos no sentís una verdadera náusea física, renunciad a todo esfuerzo, no pretendáis ser hombres cultos” (p. 155). Esto dado que se usaba un lenguaje con incorrecciones gramaticales, como salía, insuficiencia que era ampliada por los lectores.

Estas dos tendencias, para Nietzsche (1963c), comparten características y tienen inconvenientes, como enseñar a los hombres a ser útiles para otros y carecer de interés por la escritura y el habla, artes que según él (1962a) conviene tomar en serio y adquirirlas con dirección atenta y aprendizaje laborioso. Él es disconforme con estas tendencias, ya que no aportan al espíritu puro y prefieren las sombras a las ideas. Por lo anterior, el autor recomienda trabajar en la educación en contra de la deficiencia de valores del lenguaje, en especial de la prensa —hoy en día, los medios de comunicación— (cfr. 1962a, pp. 106-195).

La fuerza de estas tendencias radica en que, a la luz de la razón, constantemente se actúa con el corazón, siendo el uso de la inteligencia insuficiente a pesar que permite comprender lo verdadero y lo falso (cfr. Nietzsche, 1963c, p. 146): se actúa primitivamente con lo cercano a los animales. Sobre esto Schopenhauer indica: los hombres y los animales son iguales en el placer, la tristeza, el temor, la cólera, el amor, el odio, los celos, la envidia... y se diferencian en la perfección del intelecto (cfr. 1995, p. 72). No es extraño que Nietzsche afirme que nos criamos fuera de toda razón (cfr. Nietzsche, 1963a, p. 177) y

que sostenga que la mayor influencia en el perjuicio cultural es la pereza y la comodidad con las que se pierde la diversidad de los hombres (cfr. Nietzsche, 1962, p. 104).

En cuanto al Estado, se puede decir que su función principal no es educar, aunque ofrezca educación elemental; su función es conservar el orden y la paz, porque los ciudadanos son egoístas, envidiosos, malvados e injustos. Además, protege de los otros pueblos —permanencia—. Para el Estado, los ciudadanos están para cumplir y servir; por su parte, ellos duermen convenientemente para permanecer en sana consciencia, recibiendo educación para vagos (cfr. Nietzsche, 1963a, pp. 158 ss.). Este mundo mediocre no acude a los compromisos que requieren sinceridad y lealtad; por el contrario, pierden el tiempo en las pasiones juveniles y entregándose al trabajo, con lo que decaen los valores y la cultura.

Los establecimientos educativos se asientan en lo lucrativo, por eso son para la lucha de la vida. Según Nietzsche, en estos sitios de enseñanza hay profanos que enseñan para ganarse el pan, por lo que aquello que resulta más conveniente es que se alejen de la educación, pues esta no es su naturaleza (cfr. 1963a, pp. 167 ss.).

Nietzsche (1962a) enuncia que la única cultura común es la barbarie, la confusión caótica de estilo. La unidad de estilo de estos hombres radica en sus prácticas —mismos vicios—. Para él, el bárbaro es quien no sigue la naturaleza ni corresponde al tiempo, no avanza en este ni evoluciona contradiciendo la Naturaleza; no obstante, espera la salvación en la cultura falsa que desorienta a los hombres. Así lo hacen los *ungebildet*.

Como último se permite afirmar que el hombre no es lucrativo para sí mismo y responde a los parámetros del Estado de ser especialista y útil; a saber, el hombre *courant* está acostumbrado al penoso olvido de sí en una sociedad que marcha con lo práctico y lo útil. Lo dicho no debe ser tomado como juicio, pues los hombres corrientes obedecen a lo enseñado y pertenecen a la vía de la facilidad y la ganancia, por lo que el genio no podría educarse en ella.

Conocedores de filosofía no útiles para sí mismos

La vía de la enseñanza no conveniente para el genio aún no ha terminado, continúa en el sendero de la instrucción de la filosofía en las universidades. Aquí, Nietzsche expone la tercera tendencia cultural, *simplificar y concentrar*, que debería ir en contra de las anteriores; sin embargo, no es así porque esta no logra la victoria al ser opuesta a los anhelos de la naturaleza (cfr. 1963a, p. 142). Los conocedores de filosofía la usan para ganarse el sustento, profesando educar sin ser pilotos de sus vidas, participando de algo como un azar; al contrario de quien responde por su existencia (cfr. Nietzsche, 1962a, p. 104).

Desde la vida y obra de Schopenhauer, quien buscaba la verdad y no una cátedra, Nietzsche argumenta que *el filósofo* no debe basar su vida en premios o castigos; es decir, no conviene que se gane el pan con la *filosofía* porque esta no es un oficio que da de comer. Él encuentra inconveniente que el filósofo trabaje para el Estado, ya que un filósofo verdadero no depende de un salario para filosofar, ni tampoco acepta condiciones del Estado aunque este le otorgue cierta libertad y derecho para vivir de la filosofía; por el contrario, elige la cantidad requerida, considera quién es bueno y hasta determina lugares, actividades y el tiempo (cfr. 1962a, pp. 146 ss.). La tesis de Schopenhauer es que la filosofía como profesión causa perjuicio a la filosofía como libre investigadora de la verdad (1991, p. 24). Para él, los conocedores de filosofía la hacen parecer inútil, siendo que lo que no se conoce es como si no existiera.

La educación de las universidades para Nietzsche ha caído en un descredito general al ser efectuada por una generación de falsos pensadores que dicen frases para ser admirados sin responder a los problemas elementales de la vida (cfr. 1963c, pp. 147 ss.). Este es el resultado de que dichas instituciones no den lo mejor de sí, sino lo que sugiere el Estado. Nietzsche aconseja que los establecimientos de enseñanza no deben imitar para no ir en contra de la naturaleza (cfr. 1962a, p. 138). La filosofía no es para las instituciones o el Estado sino para el yo, pues su función es la vida; es para quienes no se quedan con lo dado y buscan lo propio.

Los concedores de filosofía, de acuerdo a Nietzsche, saben y pueden mostrar que saben sin saber, son repetidores, no pensadores (cfr. 1963a, p. 146 ss.). Estos no incentivan a los alumnos a tener opinión propia, se asientan en: "si tal filósofo pensó esto o aquello, si se le debe atribuir este o aquel escrito, o si se debe leer este escrito así o asá" (p. 187). Los repetidores critican palabras con palabras, confundiendo lo bueno de lo malo, por tanto, no les preocupa lo que explica el mundo (cfr. Nietzsche, 1962a, p. 147). De este modo estropean la filosofía, al sumar frases sin ideas claras, al comparar lo que dijo este con aquel sin tener en cuenta el argumento y al hacer su escritura ilegible.

La enseñanza de la filosofía carece de sentido crítico, por lo que termina siendo filosofía-histórica, situación que lleva a Nietzsche a sostener que esta es una rama de la filología enseñada por filólogos. Esto teniendo presente su premisa: que de cien filólogos, solamente uno educa; los noventa y nueve restantes estropean la labor del primero, pues son imitadores ineptos y tiranos de la buena disposición del auténtico filólogo (cfr. 1962b, p. 154). Según Nietzsche, la filología autentica es el paso preliminar para ser filósofo.

Los concedores de filosofía, en palabras de Schopenhauer, son mediocres que hacen lo que la naturaleza no pretendió con ellos. Para él, estos son comerciantes de sus vidas y de la filosofía que no explican nada con sus edificios de palabras carentes de significado, funcionan con el lema: primero vivir, luego filosofar. Sus obras divierten más no instruyen; y, si el que vive de algo es el que mejor entiende, la filosofía está en bajo nivel de conocimiento y de aprecio. Por lo anterior, divide a los pensadores entre los que piensan para sí mismos y los que piensan para otros, los que viven para algo y los que viven de ello, los que son y los que aparentan (cfr. 1991, pp. 40 ss.). No obstante, para Schopenhauer, la vida es un conjunto a pesar de la distancia entre los unos y el genio (cfr. Nietzsche, 1962a, p. 113).

Estos concedores interpretan mal y consideran nula la filosofía lograda con rigor. Reemplazan la sabiduría por piedad, teniendo a la mano respuesta para todo; venden por un sueldo las tesis de la filosofía lejos del contacto con la tierra; en fin, son difamadores de la filosofía que echan a perder las mentes de los jóvenes, solo pretenden el reconocimiento de sus alumnos y superiores pero

no de la verdad, esta no les motiva tampoco a educar a otros. Sus fines son comer, beber y cuidar de los suyos; en definitiva, son apariencia. (cfr. Schopenhauer, 1991, pp. 27-48-55).

Para Schopenhauer, pocos *profesores de filosofía* son filósofos, así como Kant, que no exponía su doctrina en clase, pues separaba al filósofo del profesor, ya que esta tarea es estorbosa para el que piensa por sí mismo. Kant, como la mente más original de la Naturaleza, lo que daba, lo daba masticado; era apasionado por la investigación de la verdad y la filosofía propia de los hombres libres que se apoyan en argumentos propicios. Este tipo de luz se ilumina para después iluminar a otros; solo el que ha pensado para sí mismo piensa en los otros. No es bueno pensar solo en la mortalidad sino buscar la inmortalidad. La filosofía para Schopenhauer, por ser intimidad de la humanidad, es una necesidad metafísica (cfr. pp. 40 ss.). Para él la filosofía está por encima de lo que no permiten los hombres para sí mismos, obedeciendo al pensamiento clásico y no a la falta de aprecio del espíritu puro. Por lo dicho, se afirma que la filosofía es para la vida y no para vivir de ella (cfr. Nietzsche, 1962a, p. 145).

Actualmente, los maestros afrontan procesos desgastantes que los alejan del quehacer. En los espacios académicos obedecen cronogramas y esquemas que responden a las competencias del Estado, las cuales dejan de lado la mayéutica socrática —descubrimiento— con la que el genio guiaba a través de preguntas hacia algo que él estipulaba pero que con el *diálogo* podía variar de respuesta; de este modo, los alumnos y el profesor pensaban por sí mismos, pues la pregunta refiere a ambos. Reconocimiento de la ignorancia. Markus Orths (2011), en *Sala de Profesores*, presenta el sistema perverso de la educación basado en el miedo, la mentira, la farsa y los lamentos; sistema en el que se ratifica la bajeza del hombre porque finge para ganarse el pan y permanecer, simulación realizada por las instituciones, alumnos, profesores. Se puede decir que el sistema educativo está en descenso desde los alumnos...

Según Rosso, la educación no cambia con decretos o currículos si los educadores no cambian y, aunque suene a metafísica, “búsqueda de la perfección” es lo que se requiere (cfr. 2010, p. 16), o sea, el juego discursivo que tiende a la verdad. Nietzsche indica que ni con un golpe de estado cambiaría la cultura:

las transformaciones se consiguen trazando planes y propósitos para la existencia (cfr. 1963a, pp. 139 ss.). No como hoy en día acontece que se es universitario para participar de la vida divertida y no de la vida académica, siendo pocas las reflexiones ilustradas.

A saber, el conocedor de filosofía no está en condiciones para educar, menos con la ignorancia de sí mismo y la inmadurez del cargo que ocupa escogido precozmente para imitar. No es extraño que sin autonomía los alumnos se defiendan: "Si tenéis derecho de acusar o no, es cosa que no me incumbe a mí, sino a mis educadores; estos tienen el deber de defenderme y yo tengo el derecho a callar; yo no soy más que su producto" (Nietzsche, 1962c, p. 168). Jóvenes sin juicio propio.

El genio como ser para sí mismo

Tres grados de ejercitación del genio

Nietzsche sugiere que el genio se ejercite en tres grados deteriorados en la tendencia de los conocedores de filosofía³: postulados filosóficos, la estética y la antigüedad. El primer grado, es la curiosidad por la filosofía, *postulados filosóficos*, los cuales están abandonados a los pies de la multitud en la cotidianidad y deberían ser la piedra de toque del conocimiento (cfr. 1963a, pp. 184 ss.).⁴

Como la filosofía ha sido ridiculizada, pocos aspiran a la verdadera cultura: "triste suerte ocuparse de la filosofía" (Nietzsche, 1963c, p. 196) o, como menciona Schopenhauer, la verdad es un huésped inoportuno que no ofrece nada solo en virtud de sí misma (cfr. 1991, p. 52). Se ha mostrado que la filosofía no es valorada. Sobre ello, el profesor Sopo expresa: "Había leído en *Caminos de conversación* de Heidegger que la filosofía es algo inmediatamente inútil y si esto era cierto entonces había enseñado cosas inútiles toda una vida"; no obstante,

³ Sloterdijk (2009) considera a Nietzsche un centauro yuxtapuesto. Teniendo en cuenta la formación de los tres grados, se puede afirmar que el genio que Nietzsche esperaba era un centauro como liberador de la doble naturaleza artística y filosófica: músico y escritor, creador y filósofo, productor y teórico (cfr. p. 37).

⁴ Algunos interrogantes son: ¿de dónde vengo?, ¿quién soy?, ¿en dónde estoy?, ¿qué puedo hacer? y ¿qué debo hacer?, preguntas que no conviene responder aisladas del devenir, puesto que son ensimismadas.

indica que es precisamente lo inútil lo que hace soportable la vida: “Las ‘cosas inútiles’ son las que no tienen valor, como la filosofía que *da sentido a la existencia*, [...] pues de allí se sacan los ojos para ver el mundo” (1991, p. 8). En esta forma da un suspiro a los interesados en la filosofía y que estiman su utilidad.

Para Nietzsche, el filósofo es un pensador —hombre verdadero— que tiene como fin el conocimiento de sí mismo (cfr. 1962a, 137 ss.). El filósofo ama la verdad y esto hace que su existencia sea una forma superior de vida con la *sophia*, un ser veraz: “ser veraz equivale a creer en una existencia que no podría ser absolutamente negada y que es verdadera y está exenta de toda mentira” (1962a, p. 122). De esta manera, *la filosofía* para Nietzsche es volver sobre sí mismo, conocerse y, ante todo, escucharse. La filosofía para Schopenhauer es una ciencia por hallar que requiere mayor dedicación, es una unidad dirigida a la verdad, la cual no puede ser enseñada sino buscada (1991, p. 110). Quien quiera alejarse del mundo mediocre le conviene escucharse (cfr. Nietzsche, 1962a, p. 103).

El segundo grado es el *instinto artístico*. Nietzsche señala que en las universidades no hay quién se preocupe por el arte *τέχνη* ni por el arte nacional. Esto acontece, en parte, por el estado de ensoñación de los hombres en que no dan razón de su existencia ni les afana el devenir; prefieren la barbarie a pesar de que con el despertar se abandona la bestia que no se ve por temor, además, se saldría de la vida de fines mediocres logrados con el corazón y la pereza, no con inteligencia y rigor. Nietzsche afirma que, con el tiempo, actos conscientes llegan a ser no conscientes, así como la estima a la antigüedad que se da por consideración y prejuicio. Notablemente, poco se ha propalado *Ausbreitung* lo consciente; por esto, lo que antes era material, es ahora formal —pensar—, tal como la antigüedad que es la esencia del conocimiento (cfr. 1962c, pp. 163 ss.).

El genio está despierto por su carácter y vida; aún así, ve nubes por disipar para que sea de día. Parte de su labor es despertar a los dormidos con educación, encaminarlos para que tengan experiencias decisivas percatándose de la vida, siendo conscientes de la existencia (cfr. Nietzsche, 1962a, pp. 124-139) y teniendo un horizonte como ser pensante.

Walter Benjamin señala que hay dos tipos de experiencia: *Erlebrúss* —experiencia vivida—, que tiene desarrollo consciente, y las que carecen de conciencia *Erfahrung* —experiencias brutas—, las cuales priman en la historia. De lo que se trata es de cambiar la balanza; puede ser masticando de modo incisivo las experiencias *Erlebrúss* y *Erfahrung* para no hablar por hablar, eso déjenselo al repetidor⁵. Es optimista Nietzsche cuando indica que vendrán hombres serios que estarán al servicio de una cultura renovadora y depurada; aunque pregunta qué sucederá mientras tanto (cfr. 1963a, p. 138).

Con Schiller, el despertar se comprende desde lo perfecto. Para él, lo bello en el hombre es pasivo y lo perfecto activo⁶. Lo perfecto se debe realizar con libertad y espontaneidad para corresponder a la Naturaleza por sí mismo, debe ser bello porque implica la razón, no lo es porque involucra cosas externas. La libertad es aparente porque los factores externos afectan los hechos, no solo el yo. Para Schiller, adoptar la razón práctica indica autonomía y no determinaciones exteriores (cfr. 1999, p. 15), que es lo que sucede en el estado de ensoñación en el que el hombre carece de autonomía —sí mismos—. Lo sublime sería pues aquello en lo que no debería ejercerse.

Ser autónomo indica determinarse a sí mismo y actuar con razón, ser natural. Lo que se pretende para la perfección es un estado estético de la consciencia humana como fin en sí mismo, como construcción de libertad, para así llevar la vida a algo más que el vivir, o sea, consciencias de esta para cambiar lo que se tiene y no solo soportar.

Indudablemente algunas cosas no dejan de suceder, pero la falta de educación es permanecer como hombres *courant-ungebildet* no atraídos por el despertar, por los sueños simples y lejanos de sí mismos. Si por un instante despertaran sentirían odio de sí y si permanecieran despiertos apreciarían el ejercicio del genio y aportarían algo así como una comunidad con sentido.

⁵ Ver tercer capítulo *El despertar del trabajo de pregrado Mira atrás y recuerda: la historia según Walter Benjamin* (monografía-2012) de Alexander Díazgranados Mendieta.

⁶ Para Schiller (1999), lo bello es lo que es en sí mismo, lo que no requiere de concepto y que es independiente de leyes como la gravedad; a lo que nos referimos de manera objetiva o subjetiva sin recurrir a la lógica. Lo bello es la forma y lo perfecto la materia.

Lo expuesto indica que los estudiantes de los conocedores de filosofía no son ejercitados en lo estético ni en la filosofía. Por ello, Nietzsche no ve posibilidades de formación en la antigüedad, que es el tercer grado, ya que si no hay interés en los problemas actuales, mucho menos lo habrá por los griegos y romanos. Esto sumado al pésimo uso del lenguaje, manifiesta: “sólo a base de una disciplina lingüística de nuestros clásicos rigurosamente artística, se fomenta la perfecta comprensión de la grandeza de nuestros clásicos” (1963a, p. 159).

Para el filólogo, *la antigüedad* es la escuela de lo humano. Es clásica porque civiliza y a la vez es el imperativo categórico de la cultura. Es también el referente para la creación de una cultura auténtica o espíritu nuevo basado en la sabiduría⁷ (cfr. 1963a, pp. 155 ss.); así, es el aprecio por los métodos educativos de la antigüedad lo que permite fines altos y con los que debemos medirnos. Entonces, lo funesto es la gran falencia de los conocedores de filosofía a los que no les interesa asumir hábitos serios y rigurosos. Según Nietzsche, los que enseñan filosofía desconocen y conciben mal la antigüedad, únicamente la consideran importante y necesaria. Esto sirve para reflexionar sobre lo que se ha podido hacer desde lo labrado por los antiguos. Allí radica la calidad del hombre.

En general, es notable la falta de ejercitación en los grados que favorecen al genio, de modo que quien se cautiva en estos está desamparado. Esta es la razón por la que las ciencias predominan en la enseñanza como extractoras de lo humano, obedeciendo al valor grande que se les ha otorgado; se estudian sin madurez siguiendo el principio: “[...] cuantos más haya, mejor” (Nietzsche, 1962a, p. 106).

Nietzsche denomina a esta generación “mendiga de cultura”. Expresa “A ser posible, todos querríamos dormir a la sombra del árbol que el genio cultiva” (196a, p. 150). Lo anterior, porque a la Naturaleza y a la cultura se le bebe por la pereza y la falta de cumplimiento, siendo que se trata es de elevarse *aufwärts* *zieth* sobre el sueño. Se ha afirmado que los conocedores de filosofía deben

⁷ Aquí aparece el salto del filólogo de Schopenhauer a la antigüedad, lo de en medio corresponde al medioevo, que es una mala interpretación de la antigüedad; esto se evidencia porque el periodo fue basado en el terror, el miedo y el sacrificio. Para Schopenhauer (1991), el medioevo y la teología judía alejaron a la filosofía de las universidades, ya que no se buscaba la verdad por sí mismo, sino que era dada por Dios: poder pastoral, diría Foucault. Por lo dicho, se considera que la antigüedad es el tesoro más enterrado.

alejarse de la educación; la pregunta ahora es, ¿quién debe educar en lo poco apreciado, como los tres grados?:

¡Quién os conducirá a la patria de la cultura si vuestros maestros están ciegos y aún presumen de videntes! Quién de vosotros podrá llegar a sentir un verdadero respeto por la sagrada seriedad del arte si os han acostumbrados con sus métodos a tartamudear por vuestra cuenta cuando debían haberos enseñado a hablar; a criticar por vuestra cuenta, cuando debían haber despertado en vosotros la devoción del arte; a filosofar por vuestra cuenta, cuando os debían de haber “obligado” a “escuchar” a los grandes pensadores, y todo esto ha dado lugar a que os alejéis cada vez más de la antigüedad y seáis siervos del presente. (Nietzsche, 1963a, 161)

Nietzsche precisa que quienes escriben textos liberadores son quienes conviene que eduquen con nobleza para elevar la educación; aquellos que no aparentan o imitan, los que dan, lo que no tuvieron. Ello en razón de que el filólogo ama a los que escriben con la propia sangre, que es lo que debe admitir la filosofía (cfr. s.f. p. 51); hombres —héroes de pensamiento— en los que la educación hace la excepción. Schopenhauer dice que deben escribir los que han masticado lo escrito, para que así el lector sea invitado a pensar (cfr. 1991, p. 75). Entonces, los únicos que deben escribir son los que ejercitan con disciplina la escritura y sienten que se han depurado: Goethe, Schiller, Winckelmann, Lessing, Wagner, Beethoven, hombres verdaderos representantes del mundo que critican y se ejercitaron bastante, pues su tarea fue ardua: requirió de disciplina y dedicación. Son salvadores de época porque crearon obras grandes y eternas (cfr. Nietzsche, 1963a, pp. 166-181)⁸.

Camino complicado y solitario le figuró a los héroes de pensamiento para conseguir su obra, depurando las impurezas del hombre y las incidencias de los tiempos, representando así la eterna e invariable esencia de las cosas (cfr. 1963a, p. 181). Estos referentes de cultura elevaron los valores, buscaron la verdad y se forjaron un juicio sobre el valor de la vida. Se educaron a sí mismos porque la educación de lucro no satisfacía sus pretensiones, pues su riqueza y deber es el conocimiento que consiguieron, apartándose para escucharse y

⁸ Entiéndase por obra el bien construido y concluido, en tanto plasmado.

encontrarse con sí mismos para darse cuenta de lo que los hombres *courant* no ven: “Un hombre de esta naturaleza no ha perdido aún la costumbre de pensar; conoce aún el secreto de leer entre líneas, y es tan generoso, que medita sobre lo leído, quizás mucho tiempo después de haber dejado el libro de las manos” (1963a, p. 138).

Nietzsche argumenta que hay un orden por naturaleza para que exista un número minucioso de genios, es decir, es necesario que la mayoría de hombres caminen contra la naturaleza para que exista el genio y que este encuentre su cultura; en otras palabras, es por la existencia pasiva del mundo mediocre que son grandes las obras de los genios (cfr. 1963a, p. 179). Lo que no es de esperar, es que el genio lleve la carga de los demás, pues este no puede cambiar la naturaleza animal ni los deberes de los que huyen de ser conscientes (cfr. Nietzsche, 1962a, p. 126).

Se trata de una cultura superior seria y original, por lo que es preciso conocer y hablar bien —redentora para el espíritu—. Para Nietzsche quien aspira a ser genio requiere de la verdadera genialidad, verdadera práctica e ideas propias para que no se asuste, sino que espante (cfr. 1963a, p. 154). En palabras suyas: “[...] hombre honrado que, poseído de ideas nuevas y buenas, rompa con todo aquello en que no se han hecho más que viles imitaciones” (1963a, p. 155).

Así se evidencia *el espíritu* en el que la educación comienza con obediencia, subordinación, disciplina y servidumbre como una auténtica armonía en pro de la cultura que fue lo que propuso el alemán (cfr. 1963a, p. 191). El filólogo da el ejemplo de una sinfonía en la que se deroga el sonido y quedan los movimientos porque se siente la chispa inspiradora del director, indiscutiblemente con el sonido es mejor (cfr. Nietzsche, 1962a, p. 129). El ejemplo de Schopenhauer es el de los diamantes: si bien los genios encuentran su riqueza interior en la soledad, lo logran porque son diamantes grandes; contrario a los ordinarios que solo entre varios pueden obrar para la masa. Es así como funciona la vida, unos desarmonizan y otros lo contrario (cfr. 1995, pp. 76-84). Por lo expuesto conviene concordar con la Naturaleza para que existan grandes hombres.

Schopenhauer: héroe de pensamiento y liberador

Es claro que el genio no pertenece a la cultura de los conocedores, sin embargo, se ha vislumbrado el camino que le conviene al genio y los grados en que debe ejercitarse. Tenemos dos caminos, el de la pereza con felicidad aparente y el camino de fines altos del genio. Igualmente, se han mostrado dos tipos de hombres, los *ungebildet*, para los que el conocimiento es un producto que da para subsistir sirviendo a otro, a costa del olvido de sí mismos; en este sendero, también están los que enseñan pero no conocen lo que enseñan —sabios—. El segundo tipo de hombres son los *gebildet*, que superan las barreras del primer grupo como hombres verdaderos.

Nietzsche considera que la Naturaleza *beschaffenheit* otorga a los hombres verdaderas virtudes o dotes —como los romanos de los dioses— para que sean útiles a sí mismos. En este grupo de hombres verdaderos está el filósofo, quien se dedica a las preguntas de la vida procurándose una cultura propia —autoeducación— correspondiendo a la inversión de la naturaleza. La educación de estos es considerada la excelente y la que se debe seguir⁹. En palabras de Nietzsche, el panorama presentado y el orden de deberes:

Los hombres de espíritu más profundo han tenido en todos los tiempos piedad de los animales, precisamente porque sufren y porque no tienen la fuerza de volver contra sí mismos el aguijón de la vida y dar a su existencia un sentido metafísico; siempre nos resistimos a ver sufrir sin razón. Por esto, en cierto lugar de la tierra nació la suposición de que las almas de los hombres cargados de faltas pasaban a los cuerpos de estos animales y que el sufrimiento sin razón, inexplicable a primera vista, tomaba, por designio de la justicia eterna, el sentido, la significación de castigo y de expiación. A decir verdad, esto de vivir así es en forma de animal, con hambre y deseos y sin poder darse cuenta de lo que significa esta vida, es un castigo muy pesado. No podríamos a través del desierto por el suplicio que la roe, rara vez satisface, y cuando llega a estarlo, esta satisfacción se convierte en un sufrimiento,

⁹ Los dotes que permiten éticamente la superación, ya que cada quien es la potencia y la crítica para sí mismo. Hay que reconocer que por cuestiones egocéntricas, lo que somos o lo que estudiamos lo consideramos lo mejor; aquí se dice en el sentido de utilidad para sí mismo. No se pretende mostrar hombres mejores según una escala porque cada quien es diferente y tiene virtudes o dotes que otros no. De lo que se trata es de ejercitarse, ir más allá y amar, lo que se hace para el caso de la verdad —sí mismo— que es lo que da sentido a la existencia.

en la lucha sangrienta con otros animales o en asquerosa sujeción o saciedad. Amar la vida ciega y locamente sin esperar recompensas, sin saber que se sufre un castigo ni por qué, y aspirar precisamente a este castigo como a una felicidad, con toda la estupidez de un espantoso deseo: esto se llama ser animal, y si toda la Naturaleza se aglomera alrededor del hombre, da con esto a entender que le es necesario para poder librarse de la maldición de la vida animal y que, por último, por el hombre, la existencia se coloca ante un espejo, en el fondo del cual no aparece ya sin significación, sino que toma su importancia metafísica. Pero reflexiónese: ¿Dónde termina el animal y dónde empieza el hombre? ¿Dónde comienza este hombre que es lo único que le importa a la Naturaleza? Mientras un ser aspire a la vida como a una dicha, todavía no ha elevado su mirada sobre el horizonte animal, a no ser que quiera con más conciencia lo que el animal quiere ciegamente. Pero así nos sucede a nosotros durante la mayor parte de la vida: generalmente no salimos de la animalidad; somos animales cuyo sufrimiento parece carecer de sentido. (Nietzsche, 1962a, p. 125)

Los animales frustran la disposición metafísica, regresando a la inconsciencia del instinto, abandonando por terror y pereza el camino del conocimiento (cfr. 1962a, p. 125)¹⁰. Siguiendo los argumentos expuestos, es de ratificar que el hombre empieza en la cultura y el animal en la barbarie; por eso, se afirma que el genio está entre fieras que pretenden el orden fundando ciudades y estados, costumbres amenazadoras y grotescas de regresión. A pesar de este panorama no se ha perdido la labor del genio, en otras palabras, la cultura bárbara no ha opacado la cultura del genio.

Partamos de que la creación del genio es necesaria y que este se eleva por encima de su propio ideal para reconciliar el Ser y el Conocer (cfr. 1962a, p. 114 ss.) por encima de sí mismo, porque el hombre es superior a sí mismo —descubrir—. Por lo anterior, Nietzsche (1963a) propone a Schopenhauer como educador *erzieht*, por su instinto de verdad metafísico y justo; también, porque no se educó con libros como habitualmente sucede, sino conociendo a los hombres y refiriéndose hacia sí mismo como lector de la vida, venerando la verdad y no al Estado (cfr. Nietzsche, 1962a, p. 142).

¹⁰ Esto es amplio en *La genealogía de la moral* en la que el autor muestra los valores blandos y el pésimo desempeño de los corderos. En esta también recalca la importancia de las aves.

La función de Schopenhauer, según Nietzsche, fue como la de los griegos: “Se trata de saber qué estimación se merece a sí mismo el individuo frente a los demás individuos, cómo emplea sus fuerzas en aquella lucha individual” (Nietzsche, 1963a, p. 174), lo cual hizo el genio, quien encontró su cultura y, sin parecerse a los sabios, los ofendió dominándose, absteniéndose de lo vano y aprovechando el tiempo (cfr. Nietzsche, 1962a, p. 143).

Nietzsche encontró en Schopenhauer un hombre vivo y honrado que escribió y habló para sí, un genio que no tuvo una actitud al escribirse para no engañarse ni engañar a otros. Por lo dicho, el filólogo consideró la filosofía de Schopenhauer como un retorno a sí mismo (cfr. 1962a, pp. 108-114). Este hombre sereno, con sus reflexiones, venció lo más difícil siendo independiente del Estado y la sociedad; no le tuvo miedo a estos y por eso reveló la verdad y el orden, su vida es un ejemplo de las costumbres de los griegos: ser extraordinario, aquello de lo que tanto carece la humanidad. Por estas razones, quien aspire a ser educado requiere de esta clase de educador.

Los que corresponden a la Naturaleza buscan la victoria de la cultura para ostentar un alma generosa, lo cual logró Schopenhauer al vencer en su interior al espíritu del tiempo y al descubrir el genio de su alma, alejándose de fines bajos y pretendiendo los altos (cfr. 1962a, p. 117-120). Su lenguaje es una explicación leal, ruda y cordial; ante todo, escuchó con amor (cfr. pp. 106ss.)

Nietzsche sugiere que el filósofo-educador ha de “transformar al hombre en un sistema solar y planetario, vivo y móvil, reconocer la ley de su mecánica superior” (1962a, p. 106). Este educador de educadores es constructor, por eso, saca a quien lo quiera de la insuficiencia de las universidades y de la época; educa para hacer a los hombres sencillos y honrados en pensamiento y vida. Indudablemente, Schopenhauer como los griegos, es un referente para pronunciar un juicio sobre sí mismo (cfr. Nietzsche, 1963c, p. 197).

Revisando con agudeza, Schopenhauer fue un educador que se preocupó por liberar y no por enseñar. Él, como verdadero educador, buscó la liberación del alumno, la verdadera esencia y el verdadero núcleo de su ser que no está en el fondo de este sino por encima del mismo a una altura inconmensurable, por

encima de lo que se considera el yo. Libre, es aquel que vive para sí mismo y liberarse es reclamarse para sí; esta es la génesis de la filosofía. Para la liberación, el discípulo debe querer ser guiado hacia la madurez y la verdadera fecundidad; así, los que emprenden este camino no son obligados, de ser así, maldecirían la filosofía del mismo modo que el hijo de Cellini (de naturaleza débil), quien carecía de dotes (cfr. Nietzsche, 1962a, pp. 104 ss.).

La cultura propia, propuesta por Nietzsche, es liberadora: “arranca la cizaña, barre los escombros, aleja el gusano que destruye los tiernos gérmenes de la planta; proyecta rayos luminosos y caloríficos [...]”. Nietzsche sostiene que la salvación de la cultura se consigue con liberación porque se gana terreno en lo marchito con la construcción de hombres mejores, ya que, el hombre es posibilidad de libertad, al igual que Schopenhauer en vida y obra. Lo mencionado lo logró sin personas afines con quienes compartir y sin lugares de educación que le guiaran para dirigirse hacia sí mismo (cfr. 1962a, p. 105-110ss.).

Nietzsche odia a los hombres fecundos, pues el filósofo es infecundo. Los fines de este son provechosos y están por encima de los del Estado —lucro—. Para él, aquel es feliz realmente porque le da valor a la vida y se aleja de toda apariencia y de las cosas a medias de los hombres *courant* (cfr. 1962a, p. 114). Los hombres *courant* son para el alemán felices aparentemente porque miden la felicidad con el corazón y el dinero, por lo que (1963a) sostiene que ni siquiera la aparente felicidad los saca de la falta de valor de la vida (cfr. p. 151), o sea, de la alianza con el dinero y la inteligencia (cfr. p. 114). El genio no es un azar del devenir, este conoce las profundidades de la existencia, no como los hombres *courant* que no reflexionan sobre sus vidas. Darse al devenir es alejarse de sí mismo y no ser consciente (cfr. Nietzsche, 1962a, 122 ss.).

El tribunal de la cultura verdadera

Nietzsche afirma que el genio no pertenece a instituciones falsas de enseñanza porque no favorecen la cultura; por una u otra razón, “la verdadera institución no puede arrebatarse al hombre aquel instinto contemplativo de su niñez, aquella calma, aquella armonía que ni siquiera puede ser sospechada por el que es educado para la lucha por la existencia” (Nietzsche, 1963a, p. 175). No hay

instituciones para los hombres que aprecian la cultura por sí misma y no por beneficios mediocres. Para Schopenhauer, el filósofo no debe ser profesor ni tener un trabajo remunerado sino dedicarse a la filosofía, pues la filosofía debe liberarse de toda influencia del Estado (cfr. 1963a, pp. 56-112).

El filósofo, al tener fines altos, pertenece al tribunal de la cultura, desde donde administra con la esperanza puesta en la razón. Nietzsche propone que el filósofo evalúe y juzgue la cultura de las universidades para que no participen de los perjuicios de la filosofía en ellas (cfr. 1962a, p. 151). Nietzsche expresa que este tribunal no tiene poderes concedidos por el Estado. Si quisieran enriquecerse les sería fácil pero no es su pretensión. En este aspecto el filósofo colabora libre de tiempo y del temor que inspira el Estado, lleva la vida como Schopenhauer que fue juez de la cultura que lo rodeó, siendo útil a las universidades desde lejos; esto dado que, es más importante la existencia del filósofo que la del Estado. Estos hombres se preparan para ser hombres verdaderos y se generan un juicio de la vida (cfr. 1962a, pp. 151-156), ya que el valor de sus frutos depende de sí y no hay más guía que sí mismos.

Intento: el hombre del presente como educador-liberador

Se parte desde el delincuente honrado que Nietzsche presenta ya que este se acerca al EDUCADOR LIBERADOR, pero no tanto como Schopenhauer-educador. El delincuente honrado tiene la condición natural de obrar en sí mismo pero carece de educadores verdaderos, razón por la que no triunfan en la búsqueda de la verdadera cultura: “[...] hombres nacidos para la cultura y educados en la barbarie! ¡Bárbaros desvalidos, esclavos del día, amarrados a la cadena del momento y hambrientos, eternamente hambrientos!” (1963a, p. 189), por eso, publican novelas carentes de estilo. Esto pasa con quienes se inclinan por ser héroes de pensamiento, pero que por cosas de la vida no llegan a serlo. Malas inversiones de la naturaleza para el filólogo¹¹.

¹¹ Nietzsche (1962a) manifiesta que la *beschaffenheit* envía algunas flechas sin un blanco concreto por lo que terminan haciendo lanzamientos equívocos, por esto, hay contradicciones de la *beschaffenheit* (p. 14). Entre estos podrían estar los que realizan tratados sobre el entendimiento humano —si se conoce y cómo se conoce— que parecen en algunos casos pedagogía cognitiva.

Goethe (1982) da un ejemplo de mala inversión en el Werther, pues con este muestra el tedio *spleen* de los jóvenes alemanes por la carencia de espíritu. La sociedad descrita es una sociedad que prefiere la comodidad y no sabe de dónde viene ni para dónde va. Werther es diferente porque posee facultades para llegar a ser un gran hombre; a este le interesa la antigüedad, le apasiona la lectura —Homero— y ama y goza de la soledad; incluso, es reflexivo y reconoce que solo la naturaleza hace a los hombres grandes. Lo que llama la atención es que Werther, en instantes, quisiera entregarse al estado tempestuoso en el que los hombres aparentan ser felices, dándose al mundo del dolor, el trabajo y el placer; orbe en el que pierden la poca libertad que tienen y en la que derrochan sus facultades.

Cuando Werther se enamoró, su autonomía era insuficiente y su corazón alimentaba todo, por tanto, los libros le parecían inoportunos, le alejaban de sí. Tendría razón si fuera para educarse en la vida; para el caso, es una mala señal porque tampoco le interesaba el pasado, pues prefería soportar el presente y entregarse en sentimiento; mejor dicho, comenzó a no ser dueño de sí mismo dejando ir su vocación, aunque manifestara: “¡Oh, no, ángel mío! Yo no quiero vivir para ti”. Es natural que en el amor se requiera del semejante y a este se le otorgue cualidades, como el genio al conocimiento. Werther finalmente se entregó a la muerte —desconocido—, retomando sus últimas palabras que expresan pérdida: “En este momento todavía soy mío..., todavía soy tuyo, sí, tuyo, querida Carlota; dentro de poco..., ¡separados..., desunidos, quizá para siempre! ¡No, Carlota, no! ¿Cómo puedo dejar de ser? Existimos, sí. ¡Dejar de ser! ¿Qué significa esto? [...]” (p. 163). Así, terminó sin conservar su voluntad de vivir y ser conscientemente propio.

El hombre que se propone *educador-liberador* tiene más posibilidad que el tribunal de Nietzsche por época. La idea es que este depure los malestares de los conocedores de la filosofía, por lo cual se acude a la idea de Schopenhauer de que para una filosofía seria y saludable esta no ha de ser una forma de ganarse la vida ni una entrega a la burguesía (cfr. 1991, p. 60).

Este hombre disfruta y conserva la obra de los genios —frutos— y se cultiva en los tres grados nietzscheanos. En cuanto a las muletas, por ejemplo las

económicas (cfr. Sloterdijk, 2012), no son su preocupación inmediata, ya que no sirve de mucho querer cambiarlas; con o sin estas el hombre con voluntad responde a los problemas de la época, puesto que sus fines son la existencia, los problemas filosóficos, salvar su vida, su ser y lo que el momento le pregunte.

La vida no es fácil de llevar. Franz Kafka expresa (citado por Sloterdijk, 2012): “[...] la tarea de encontrar el camino no verdadero es ya, de suyo, lo suficientemente difícil, razón por la cual las personas no tienen que subir a las alturas para vivir en peligro” (2012, p. 90). Al alambre a ras del suelo de Kafka suben pocos con atención constante para no caer, se ejercitan en la cotidianidad para sí mismos, no son perezosos ni se entregan a las pasiones. El educador-liberador se diferencia del artista de Kafka porque este se auto-superpone (cfr. 2012, pp. 89-100), se parece al artista de Nietzsche (citado por Sloterdijk, 2012) que no culpa a nadie de lo que es sino que se responsabiliza de ello: “se desprecia a sí mismo, se sigue respetando todavía a sí mismo como despreciador” (2012, p. 103), en otras palabras, se mide y solo así puede invitar a otros a subir al alambre. En cuanto a la sentencia de Zaratustra: el hombre es un cable tendido entre lo animal y lo sobrehumano, el educador-liberador propuesto estaría en medio y con tendencia hacia arriba porque se sobrepone a la pereza, se supera a sí mismo y no tiene límite en la subida.

El educador-liberador no se entrega completamente a su cultivo ni al trabajo, es como Sísifo que carga la roca cuando trabaja y cuando esta cae es para sí, pues tiene la opción de ser culto y hacer esto en la subida de la misma. Este constantemente se enfrenta a la resistencia de la cultura falsa pues no es lo mismo estar en el comercio que en la biblioteca. Como indica Sloterdijk, un *a pesar de ser para sí mismo* (cfr. 2012 p. 74), rescatando valores de la antigüedad: juicio, prudencia, honestidad y como ya se ha señalado subordinación al propio yo —autogobierno—. Gobernarse es exigirse y abstenerse, solo así se puede gobernar a otros. Quien asuma este papel no debe ser una mente limitada de filosofía, porque para el caso de Schopenhauer esto sería insoportable (cfr. 2012, p. 65).

En el momento se trata de prácticas no conscientes a las que se podría hacer modificaciones sin que el hombre se dé cuenta del bien que se le hace, para

así abandonar la decadencia que sería el privilegio de la cultura: cambiar o suprimir las prácticas como una especie de crítica del juicio. El problema es cómo persuadir, invitar al otro al cuidado de sí, del cómo decirle que es importante cambiar las prácticas y el pensamiento cuando los hombres tienden a no tener fines altos. Por otra parte, cómo no tomar al otro como medio para generar lo que se considera de un extremo inteligible. Si la voluntad obra por interés, cómo interesar a los hombres *courant* hacia los fines altos, claro, sin que sea por obligación —medio— sino por aprecio a ser mejor; en otras palabras, la realización de la existencia como fin en sí mismo sin herir la naturaleza. Para esto, el *medio* debe ser medido con la dignidad humana, que es el camino de la perfección —autonomía—, y debe motivar a ser autónomo en tal camino. Hay hombres si hay organización. Entonces se debe liberar en totalidad, es decir, realizar una búsqueda en conjunto para tener fines altos en donde el medio es plural. No se trata de imponer en tanto que cada quien debe ser. Es complejo ser para sí mismo y comprenderlo como fin no particular y entenderse como medio del beneficio común, cambiar o descubrir un hombre, un ser subjetivo afectado por sí mismo.

Lo anterior sería la labor del educador: liberar como dueño y señor de sí mismo. O sea, un autolegislador que armoniza la razón con el sí y se guía por las mejores razones y argumentos. Los argumentos son su sustento como ser libre. Esto dado que el hombre necesita ser educado para el uso de la libertad y solo con la educación llega a ser hombre; esta es la tarea de quien se autogobierna. Una manera es con la escritura, pero aquella no debe ser tan solo intenciones de palabras.

Se trata pues no de una filosofía de la conveniencia, sino de aprecio hacia ella; no es de pensar que por el hecho de que el educador-liberador no se dedica por completo a ella entonces sea un *hobby* o pasatiempo. Por el contrario, este pone las cuestiones filosóficas sobre su labor con la que se gana el sueldo. Cuando le pregunten qué es de su vida, contestará: mi vida la dedico a mí mismo y trabajo no para esta sino para las necesidades que por naturaleza tenemos. Similar a la postura de Kant, que guardaba distancia de su quehacer y su hacer.

Sloterdijk manifiesta que una buena forma de vida conduce a eliminar las perturbaciones de la existencia porque conlleva un ejercicio lógico-moral, el cual ha sido tarea de la filosofía al hacer escuela (cfr. 2012, p. 185). Liberar es cambiar los hábitos y ejercicios perezosos a disciplinados, el hacer escuela de la vida y del saber como orientación en el mundo, liberar de las malas costumbres, si así se quiere, un orden con el cosmos racional: “*aprender para la vida* significa aprender para un superávit de vida” (2012, p. 260). Sloterdijk ve la vida como asignatura esotérica y a esta como el arte de vivir. Como Nietzsche y la pretensión del orden cósmico de la vida a la metavida (2012, p. 261). En la vida, lo que nos hace pensar son los hechos más próximos, no los libros, por lo que se debe penetrar en ellos. Hay que vivir para la verdad y no de ella. Esto es similar a la educación socrática fuera del aula y centrada en la vida, porque la educación no es solo para alumnos sino para todo aquel que rodea al educador-liberador y le permite tener un ámbito amplio.

Es necesario que el educador-liberador posea ideas propias de las que carece la filosofía de la repetición, que piense lo impensado y lo problematice. Debe por lo tanto tener claro que la filosofía no es para repetir sino para filosofar, motivo por el que no es repetidor, al contrario, piensa, que es lo que hace auténtico al hombre —subjetividad—; es posible que se convierta en héroe de pensamiento, ya que su obra debe ser parte de la salvación de este. Aquel debe ser una guía de la razón que no imponga cultura alguna, que aprende de sí mismo y reconoce que el conocimiento no está ni agotado ni abordado con plenitud, mucho menos sabido. Como guía, apoya a quien quiere ser liberado —culto— porque se ha liberado a sí mismo y va en contra de todo nihilismo.

Por las razones anteriores y a modo de conclusión, se instiga a todo aquel que quiera enseñar filosofía a que escuche cuando genera preguntas, porque la cuestión es para todos, hasta para quien pregunta. Con algo de optimismo, también para quienes desean otra sociedad cimentada con el intelecto, hay que ejercitarse para compartir con los genios, si los hay, los fines no cotidianos. No se debe olvidar que la educación es calidad de vida para sí mismo y no necesariamente en lo económico y lo político: es menester pensar lo que pasa y lo que va a pasar para ir hacia adelante.

En tanto, no se debe olvidar que quien se eleva se educa toda la vida y, de esta manera, es provechoso para los otros, pues su voluntad es la base del existir para sí mismo. Este prototipo de hombre desea que el discurso armonice con la vida, cambiando la concesión de lo que son los hombres, reformando la vida. Ello, dado que la diferencia de las vivencias del momento con las de Nietzsche no son tan diferentes en lo que concierne a una cultura digna de la razón; se trata de una cultura rigurosa que tiene como fin el orden y el ejercicio de las facultades, no del trabajo que es lo que unifica toscamente las culturas bárbaras como modos de vida. En resumen, ser perfecto, que es lo que el hombre puede y debe hacer regulado por la razón; entrar en una cultura habilitada por lo verdaderamente útil.

Bibliografía

- Goethe, J. (1982). *Werther*. Estella-Navarra: Salvat.
- Nietzsche, F. (1962a). *Schopenhauer como educador —tercera consideración intempestiva—*. Obras I. Argentina: Aguilar.
- Nietzsche, F. (1962b). *Apuntes y pensamientos para las consideraciones intempestivas —nosotros los filólogos— póstuma 1874-75*. Obras I. Argentina: Aguilar.
- Nietzsche, F. (1962c). *Plan y pensamiento para la confección de un libro (1875)*. Obras I. Argentina: Aguilar.
- Nietzsche, F. (1963a). *Sobre el porvenir de nuestras instituciones educativas*. Obras V. Argentina: Aguilar.
- Nietzsche, F. (1963b). *Proyecto de continuación de las conferencias*. Obras V. Argentina: Aguilar.
- Nietzsche, F. (1963c). *De la relación de la filosofía de Schopenhauer con una cultura alemana*. Obras V. Argentina: Aguilar.
- Nietzsche, F. (1997). *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza.
- Nietzsche, F. (s.f.). *Así habló Zaratustra*. Barcelona: Círculo de lectores.
- Orths, M. (2011). *La sala de profesores*. Barcelona: Seix Barral.
- Parménides (2007). *Poema - fragmentos y traducción textual*. Madrid: Istmo.
- Rosso, C. (2010). Aprender a aprender, o el nuevo paradigma en la formación integral. *Revista ICESI*, (53), 11-16.

- Sopo, Á. (1999). De camino al aula. La casa de la sabiduría. *Revista Logos*, (4), 7-11.
- Schiller, F. (2005). *Kallias. Cartas sobre la educación estética del hombre*. España: Anthropos.
- Schopenhauer, A. (1991). *Sobre la Filosofía de Universidad*. Madrid: Tecnos.
- Schopenhauer, A. (1995). *Sobre la voluntad de la naturaleza*. Madrid: Altaya.
- Sloterdijk, P. (2009). *El pensador en escena. El materialismo de Nietzsche*. España: Pre-textos.
- Sloterdijk, P. (2012). *Has de cambiar tu vida*. Madrid: Pre-textos.